



TECLEO RAPIDO

Neruda coral

Neruda a 50 voces suena como un trueno o una suave melodía. No imaginaba su impacto coral hasta que en un sábado reciente asistí en Isla Negra al debut del coro poético del pueblo. En la escuela primaria, que lleva el nombre del poeta, se levantó un toldo y se dispuso un escenario con buena amplificación. Aparecieron los coristas en el mediodía primaveral: viejos, jóvenes, niños, mujeres y hombres vestidos con sobria elegancia. No eran muy diferentes a los intérpretes de una pasión de Bach o un oratorio de Haendel. Cada cual llevaba consigo su respectiva partitura, que no era otra cosa que los más celebrados poemas del "Canto General".

Puntualmente apareció la directora, Inés Moreno, para dar comienzo al recital, que más parecía un concierto. Empezó la música verbal de Neruda con perfecta sincronización: con un vuelo de pájaros, con imágenes de los bosques, las flores, los volcanes. Niños de siete o doce años iniciaban los primeros versos de una estrofa y continuaban los hombres de todas las edades. Llegamos así hasta el cruel Pedro de Valdivia, el épico Lautaro, hasta las alturas de Machu Picchu. Todas las voces se elevaban a raudos para subrayar una verdad o un canto tierno o de ira y esperanza. Adquirían un tono elegíaco para celebrar a Carrera y O'Higgins, colorido y travieso para describir a Manuel Rodríguez.

Allí estaban los araucanos, los conquistadores, los padres de la patria unidos a los grandes ríos de Chile, a la aridez del norte, a la humilde epopeya de los habitan-

tes de la pampa, como Margarita Naranjo, a la gran verdad de que la tierra se llama Juan, a los sueños y al despertar de una nación, a las furias y las penas.

Escuchamos esa música verbal con emoción creciente, con un nudo en la garganta, con lágrimas porfiadas que nos esforzábamos por contener. Fue una hora de magia en el lugar más amado por el poeta, donde nacieron sus "Odas elementales" o su Memorial o los poemas algo desencantados de sus últimos libros.

El coro no lo integraban profesionales del verbo sino, prodigiosamente, los propios habitantes de Isla Negra. Los niños son alumnos de la escuela básica de la falsa isla, las mujeres son bordadoras, dueñas de casa, empleadas de servicio, maestras; los hombres son pescadores, mozos de restaurante, artesanos, carpinteros, trabajadores de la construcción. Todos viven desde siempre en el lugar que el poeta llenó en su ilustre sombra. Algunos, como el carpintero Rafita, intervinieron en la construcción y las sucesivas ampliaciones de la casa del poeta. Iban dispuestos a ser benevolentes y paternales, a disculpar los



errores y vacilaciones en la leonara. El arte de la recitación es casi anacrónico. Lo desprestigian los recitadores grandilocuentes, llorones, asparentosos. Neruda no se presta para ningún melodramatismo y nadie interpretó mejor su poesía que él mismo a pesar de su voz nasal y monótona. No hubo necesidad de ser benevolente. El coro era de una armonía orquestal, de un tono exacto y perfecto, como un diálogo de violines, oboes y violoncellos. Las voces eran de

una modulación redonda y nítida. Los coristas parecían profesionales de larga experiencia que comunicaban una nueva dimensión del poeta y entendían perfectamente la música y la intención del "Canto General". No alteraron su habla natural; comunicaron a Neruda como en una conversación cotidiana que no necesita énfasis, que se explica y deslumbra con sus propios destellos.

Me enteré de que el coro había ensayado durante seis meses, que su directora, la actriz Inés Moreno, intérprete cabal y casi única de los grandes poetas, se empeñó en transmitir la majestad del "Canto General" como si se tratara de un coloquio con los grandes intereses de Neruda. Los ensayos se realizaron contra viento y marea en la modesta escuela; los niños trabajaron después de clases, los hombres y las mujeres sacrificaron sus horas de descanso o interrumpieron su trabajo. En los ensayos a veces se equivocaban o tendían al recitado teatral, pero la directora los corregía para que todo se dijera como en un coro con sus respectivos solistas y sin la menor desafinación. El resultado me pareció

próximo al asombro. El coro poético de Isla Negra podría presentarse en los sitios más conspicuos y tocar los corazones más duros. Su organización y trabajo fueron apoyados por la División de Cultura del Ministerio de Educación, que entendió cuán necesaria es la difusión de la poesía entre los infinitos rincones de la patria.

Se habla y se escribe mucho sobre Neruda, pero su poesía es poco socorrida por los lectores. El poeta se ha convertido en un ícono que tal vez no quiso ser. La gente visita sus bellas casas, admira sus curiosos objetos, se habla de su vida galante, que nunca fue la de un Casanova, pero se olvida lo más importante: sus 40 libros, en donde está todo lo que vivió, sintió e imaginó y cuyas imágenes están al alcance de todos. Él, que parecía un poeta hermético en "Residencia en la Tierra", ahora nos parece claro en su angustia y soledad en el Oriente. Los poemas juveniles de "Crepusculario" y "Veinte Poemas", la épica del "Canto General", la simplicidad de las "Odas elementales", la inflamada pasión de "Los versos del capitán", el compromiso político de "Las uvas y el viento" y el humor absurdo de "Estravagario", en fin, todo Neruda merece ser conocido y recorrido.

Los habitantes de Isla Negra lo han entendido mejor que nadie. Su coro poético es un acontecimiento digno de nota.

LUIS ALBERTO MANSILLA
Periodista.

Neruda coral [artículo] Luis Alberto Mansilla

Libros y documentos

AUTORÍA

Mansilla, Luis Alberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda coral [artículo] Luis Alberto Mansilla. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile